

ción se valen del mismo procedimiento usado en la política provincial: acuden un día con armas al palacio del municipio, y los gobernantes comunales tienen que salir despavoridos por las ventanas. El gobierno de la provincia despacha en vista de lo ocurrido una intervención al pueblo para que lo administre, así como el Gobierno nacional envía sus interventores á las provincias. El municipio queda entonces en una situación que llaman de «acefalía». Esta enfermedad de acefalía la han sufrido casi todos los pueblos de la provincia de Buenos Aires.

El sistema federalista de la República Argentina tiene á su disposición un remedio enérgico que evita los desórdenes y la falta de cohesión nacional. La provincia es autónoma, el municipio es autónomo, todo el mundo

es autónomo; pero el presidente de la República despacha, cuando lo cree necesario, una intervención á cualquiera provincia, que destituye al gobernador; y los gobernadores, á su vez, intervienen en los municipios cuando les parece bien, destituyendo á los intendentes y disolviendo los Cuerpos deliberantes.

Y en tanto que los hombres se entretienen en estos amenos juegos de la política, paren las reses, aumentando el tesoro pecuario nacional; cúbrense el suelo de óptimas cosechas de cereales; ábrense nuevas líneas férreas; resultan estrechos los puertos para la gran afluencia de buques; avanza el arado conquistador; aumenta la corriente exportadora, y la nación marcha adelante, majestuosa y sonriente, sin querer saber nada de revueltas provinciales, de intervenciones ni acefalías.

## SANTA FÉ

Después de la provincia de Buenos Aires, es la de Santa Fé la que produce más cereales y ha experimentado mayor aumento en su población. Lindante con aquélla, de la que sólo le separa el llamado Arroyo del Medio, y situada á orillas del Paraná, que le pone en contacto con la navegación trasatlántica, la provincia de Santa Fé ha recibido como ninguna otra los beneficios de la corriente inmigratoria.

Los 132.000 kilómetros de su área territorial están destinados en su mayor parte á la agricultura. Por esto su población ha crecido rápidamente, llegando á 700.000 almas. Este crecimiento se verificó en pocos años. En 1870 la provincia de Santa Fé sólo tenía 89.000 habitantes.

En la ciudad de Rosario se desarrolló también este crecimiento con igual rapidez. En cuarenta años se septuplicó su vecindario. En 1870 sólo tenía 20.000 habitantes, y hoy pasan de 180.000.

El rápido desenvolvimiento de la población argentina en los últimos treinta años demuestra lo necesarias que son para la República la paz y la libertad. Durante el período de Rosas la Argentina permaneció estacionaria, sin aumento alguno. Después de Caseros, las guerras y las revoluciones de provincia impidieron la afluencia de la inmigración, que sólo se presentaba tímidamente, en pequeñas cantidades. Al consolidarse definitivamente la República, llegó la avalancha de brazos é iniciativas, inaugurándose de verdad la época agrícola en este país condenado hasta entonces al fatalismo de la ganadería extensiva, como único recurso económico. Sólo donde se encuentran brazos abundantes puede haber cultivo; y de los tiempos de la gran inmigración, ó sea de hace treinta ó cuarenta años, data el desarrollo agrícola de la provincia de Santa Fé.

Las condiciones del suelo y del clima han facilitado considerablemente el progreso de esta región. La tierra

es rica en humus, y el clima templado permite toda clase de cultivos intensivos. Solamente en las cercanías del Chaco se eleva la temperatura considerablemente. El suelo de esta provincia aparece horizontal á simple vista, aunque tiene realmente una ligera inclinación hacia el Paraná, que es la que siguen las corrientes de sus ríos. De éstos, los más importantes son el Salado y el Carcarañá.

Posee también, aparte de varias lagunas de menor importancia, una muy grande, la de Guadalupe, inmediata á la ciudad de Santa Fé. Sus arroyos de Pavón y del Medio, aunque poco importantes geográficamente, han alcanzado renombre en la historia del país. En las orillas del Pavón vencieron las tropas de Buenos Aires, mandadas por Mitre, á las de la Confederación Argentina, en 1861, contribuyendo este suceso á la consolidación de la unidad nacional definitiva. El Arroyo del Medio fué durante muchos años una especie de Rubicón argentino, que marcaba la divergencia de castas entre *porteños* y *provincianos*. Esta división, afortunadamente, ha quedado borrada por el progreso del país y el hecho de ser Buenos Aires la capital de toda la nación.

La provincia de Santa Fé es llamada por muchos «el granero de la República». Posee más de 4 millones de hectáreas cultivadas, que producen trigo, lino, avena, cebada, maíz y maní, utilizándose este último para la elaboración de aceites. La ganadería es la segunda industria de la provincia, y está representada por 4 millones de cabezas de ganado vacuno y caballar, y 6 millones de lanares. La red de ferrocarriles de esta provincia tiene actualmente abiertos al servicio 2.000 kilómetros, y su costa fluvial ofrece en el Paraná los puertos de Colastiné, Santa Fé y Rosario. La aduana de Rosario es la segunda de la República, dato que basta para demostrar la importancia de su movimiento comercial.

La situación de esta provincia en la ribera del Pa-



ESCUDO NACIONAL

CIUDAD DE BUENOS AIRES  
CAPITAL DE LA REPUBLICA

BUENOS AIRES



ENTRE RIOS



SANTA FE



CORRIENTES



CORDOBA



MENDOZA



SALTA



SAN LUIS



TUCUMAN



SAN JUAN



SANTIAGO DEL ESTERO



CATAMARCA



RIOJA



JUJUI



VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE SANTA FÉ

raná, teniendo á sus espaldas provincias del interior, como Córdoba y Santiago del Estero, que son ricas, la convierte necesariamente en un lugar de tránsito para los productos. Además, cuenta con los suyos, y todo esto le proporciona un gran movimiento comercial. No solamente exporta las cosechas agrícolas y ganaderas, pues añade á éstas los frutos de su industria, que tiene importantes centros, como son los molinos, los saladeros de carnes y la refinería de azúcar de Rosario, una de las más grandes del mundo.

El progreso moral de esta provincia se ha desarrollado armónicamente con sus adelantos materiales. Á pesar de las grandes crisis que ha arrojado por causa de sequías y malas cosechas, jamás descuidó la educación pública, aumentando todos los años sus centros de enseñanza. Hace veinte años sólo contaba con 190 escuelas y 11.000 alumnos. Hoy tiene 536 escuelas, con 1.350 maestros y 45.000 alumnos. Además mantiene los Colegios Nacionales y Escuelas Normales de Rosario y Santa Fé, y la Universidad santafecina, á cuyos estudios acaba de dar el Gobierno de la República validez nacional.

\* \* \*

Santa Fé, que posee 700 kilómetros de costa sobre el Paraná y 5.000 leguas cuadradas de territorio, vivió, sin embargo, deshabitada durante siglos. Los indígenas no encontraban medios de vida en unas tierras tan prósperas y fértiles en la época presente. El Salado y el Carcarañá vivifican con su riego dos grandes fajas de tierra; los campos, con una capa vegetal de gran espesor, no presentan obstáculo al cultivo; el subsuelo ofrece por todas partes agua potable á pocos metros de profundidad. Y sin embargo, el territorio feraz y extenso no podía mantener al hombre en otros siglos.

Esta provincia, donde la naturaleza es pródiga y ubérrima siempre que se siente domada por el poder del civilizado, mostrábase hostil y de una crueldad sin entrañas en otros siglos para el hombre indefenso y salvaje, cuando éste la imploraba el sustento. Cubríanla inmensos bosques, faltos de frutos, y además abundaban en sus espesuras el tigre y otras bestias feroces. En toda la fauna de la región no se encontraba un solo animal susceptible de ser domesticado y de ayudar con su esfuerzo al hombre. Como dice el ilustre escritor santafecino Don Juan Alvarez, el indígena hambriento y solitario de este país, después de varios siglos de observación y de

miseria, «no pudo sacar del monte más alimento que las harinas de las coriáceas vainas del algarrobo (*patay*), el zumo de algunas otras plantas, el agua sucia conservada entre las hojas del *caraguatá* y la miel de las avispas silvestres».

Á los obstáculos naturales del suelo, uníanse dos plagas que esterilizaban todo intento agrícola: la abundancia de hormigas y las nubes de langostas que descendían de las selvas tropicales.

Al establecerse los españoles en Santa Fé, acometieron la empresa de colonizar este país con arreglo á los medios de que disponían entonces. Fué un milagro de abnegación el establecimiento de los heroicos aventureros en una tierra que tan menguados recursos ofrecía. Llegaban de su patria al Nuevo Mundo en busca de oro, de fácil y opulenta vida, y habían de luchar con un suelo hostil, donde todo estaba por hacer, y el río, la selva y la fauna voraz les oponían tremendos obstáculos. Generaciones y generaciones se agotaron en este combate desesperado con la tierra y el clima. Aportaron ellos los instrumentos aratorios y las semillas: los fuertes brazos, acostumbrados al manejo de la espada y el arcabuz, los emplearon en roturar tierras y derribar bosques. El hambre les atormentó muchas veces, á pesar de su trabajo, en este suelo hoy tan fecundo. La población española y su naciente cultivo sólo representaban una pequeñísima mancha en la inmensidad de la selva, entre pantanos formados por el desborde de los ríos.

Cuando, después de ímprobos trabajos, empezaban á verdear los campos, esparcíanse las hormigas como negra inundación, se oscurecía el cielo con las nubes de arrasadora langosta ó subía de nivel el venerable Paraná, tendiendo su sábana líquida por encima de los campos. El hombre estaba solo y no podía contar con otras fuerzas que las suyas para hacer frente á esta confabulación de elementos feroces é implacables.

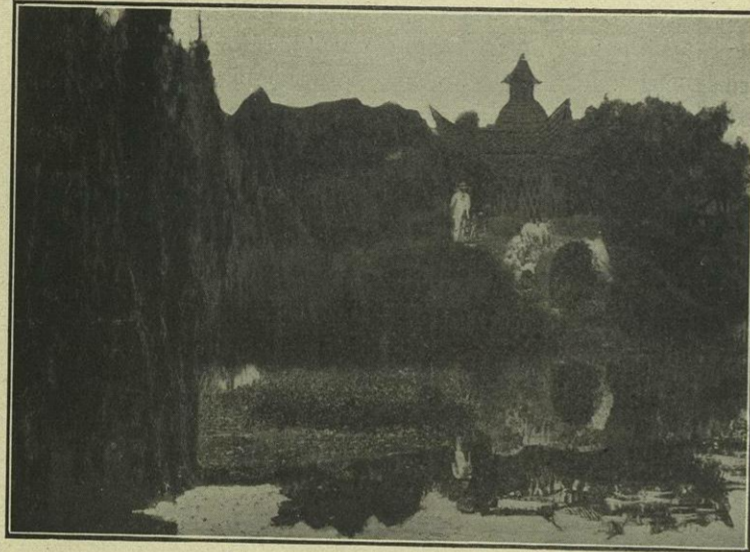
Si, por raro azar de la suerte, trascurría un año sin calamidades, la cosecha era magnífica, superabundante; pero los colonos no sabían qué hacer de su trigo. La falta de medios de comunicación, el aislamiento de unos pueblos con otros cerraban toda salida á los productos. Fué necesaria la tenacidad característica del español, su empeño en aceptar toda empresa como una cuestión de honor, para que no abandonasen los colonos su ciudad de Santa Fé, declarándose vencidos.

El país, con su incesante hostilidad, fué modificando al hombre. Sintióse impotente el colono, por su es-

caso número, para domeñar á este enemigo inmenso cuyas diabólicas fuerzas estaban en perpetua renovación. Durante el siglo XVI los habitantes de Santa Fé, de origen español, no fueron más allá de 3.000 ó 4.000. A mediados del siglo XIX, cuando se hizo el primer empadronamiento nacional, en 1858, todavía no habían llegado á 41.000. La tierra, en vez de ser vencida por el hombre, modificó á éste, haciéndolo su esclavo. Los descendientes de los colonizadores del siglo XVI olvidaron la agricultura para vivir parasitariamente la vida del gaucho, sobre un suelo abandonado á su natural expansión. Renunciaron á comer pan, perdiéndose la memoria de este alimento á las pocas generaciones. Nutriéronse con la carne de unas reses tan salvajes como ellos, que vagaban errantes por las tierras incultas. Fueron pastores, pero de rebaños que se cuidaban ellos solos. Sus chozas, cada vez más simples y faltas de comodidad, llegaron á ser inferiores á la toldería del indio. En el amargo líquido del mate encontraban su único placer y una ayuda para la digestión carnívora y sanguinolenta.

En la primera mitad del siglo XIX, antes de que llegase la época que puede titularse de «las colonias», la provincia de Santa Fé intervino ferozmente en las guerras civiles del caudillaje. Su tirano, Don Estanislao López, fué un digno camarada y colaborador de Don Juan Manuel Rosas. Los indios salvajes del Chaco y los gauchos de los ejércitos de López marchaban juntos, como el antiguo «Azote de Dios», con sus estandartes rojos y sus armas primitivas. Á su paso «no quedaba, en muchas leguas á la redonda, ni un hombre, ni un caballo, ni una vaca». Estas hordas, como dice Ayarragaray, recordaban con su indumentaria á los bárbaros, descritas por los cronistas de la decadencia romana.

Los ejércitos santafecinos de Estanislao López, según el relato que hace Mitre en uno de sus estudios históricos, «llevaban como casco la parte superior de la cabeza de un burro, con orejas enhiestas por crestón. Los escuadrones de gauchos, vestidos de chiripá colorado y bota de potro, iban armados de lanza, carabina, fusil ó sable, indistintamente, con boleadoras á la cintura. Los indios, con cuernos y bocinas por trompetas, llevaban chuzos emplumados é iban cubiertos en gran parte con pieles de tigre del Chaco, seguidos por la chusma de su tribu, cuya función militar consistía en el merodeo».



SANTA FÉ. LAGO DEL BOULEVARD

En aquella época de vida anárquica era tal la inseguridad de las personas, que los hombres, al ir á misa el domingo, entraban en la iglesia con el cuchillo en la mano y el caballo de la brida. Los ejércitos de Balcarce, al recorrer Santa Fé, destruyeron los rebaños para condenar á sus habitantes al tormento del hambre é hicieron lo mismo con las poblaciones. Estanislao López, al recibir la cabeza de su enemigo Ramírez, la contempló sonriente, husmeándola como si encontrara grato su hedor, y luego ordenó que se exhibiese, metida en una jaula de hierro, en la nave de un templo.

Sólo en 1856, tras de la caída de Rosas y del caudillaje, cuando los representantes de las provincias argentinas, reunidos en la ciudad de Santa Fé, dieron á la República una Constitución nacional y bajo la presidencia de Urquiza se inauguró el Renacimiento argentino, pudo iniciar esta provincia su desenvolvimiento agrícola é industrial. En el citado año de 1856, Don Aaron Castellano celebró un contrato con el gobierno de

Santa Fé, por el que se comprometía á traer de Europa mil familias de agricultores, á cambio de que se les diera terrenos gratis y los subsidios necesarios para mantenerse la gente hasta la próxima cosecha. Así se fundó la primera colonia de suizos alemanes, llamada *La Esperanza*, y en los años siguientes se crearon otras, por la misma inmigración suizo-alemana y por iniciativa de los hijos del país. Los primeros años fueron rudos y de incesante lucha: los colonos tuvieron que batallar con los inconvenientes que ofrece la tierra antes de ser domada y con la amenaza de la vecindad del indio. Hasta 1868 resultó insegura la vida de las colonias de Santa Fé por el miedo que infundían los piratas cobrizos de la pampa.

Cuando mejor era el año y más esperanzas se cifraban en el resultado de la cosecha, corrían de pronto los *chasquis* de un establecimiento á otro esparciendo la terrible noticia. ¡Los indios se aproximaban!... Iban á galope los peones por la llanura para recoger el ganado vacuno en las grandes cercas. Las tropillas de caballos y las manadas de ovejas llegaban apresuradamente á los corrales. Los ganados que por hallarse á larga distancia no podían reunirse y recogerse, eran espantados por jinetes, que los hacían huir á los campos más lejanos y solitarios. Muchas familias abandonaban sus ranchos de paja é iban á refugiarse en las estancias, llevando sobre sus cabezas gruesos ata-



SANTA FÉ. TEATRO MUNICIPAL

dos que contenían sus mejores ropas. Los arrieros, con sus tropillas de mulas y las caravanas de carretas que hacían el comercio entre el interior y el litoral, salíanse del camino trillado, buscando un refugio en los lugares desiertos. Los fuertes de la línea fronteriza disparaban el cañonazo de alarma; los correos militares pasaban á galope con el sable repiqueteando en sus estribos. Cada estancia convertíase en una plaza fuerte, donde gemían mujeres y niños, mientras los hombres, con fiero ceño, limpiaban y cargaban sus armas. ¡Los indios habían pasado la frontera! ¡Los indios iban á aparecer!... Y transcurrían noches de mortal angustia, en las que el relincho del caballo y el ladrido del perro tenían un sonido lúgubre; días interminables, en los que la llanura presentaba una soledad de muerte, y todos interrogaban con ansiedad el horizonte, creyendo ver en cada remolino de polvo la presencia de la cabalgada feroz. Muchas veces desvanecíase el peligro sin otras consecuencias que el miedo sufrido y la paralización del trabajo. La tromba cobriza se había encaminado hacia otras regiones. Después de un día de matanza y robo, retirábanse los indios con el botín y los cautivos á las llanuras misteriosas del desierto, donde sólo de tarde en tarde iban en su busca las tropas argentinas, ocupadas en las revueltas políticas de las ciudades ó en una guerra larga y costosa como la del Paraguay.

La desaparición del indio afirmó la vida y la riqueza de las colonias santafecinas. El hombre pudo establecerse con su familia en plena soledad, levantar su vivienda en el propio campo sin miedo á que le cautivasen los indígenas. Afluyó cada vez más numerosa la inmigración y se subdividió la tierra, haciéndose intensivo el cultivo. Colonias que constaban de diez familias, establecidas al amparo de un fortín, llegaron quince años después á 3.000 habitantes.

Más aún que la desaparición de los indios influyó en la prosperidad de estas colonias el establecimiento del ferrocarril. La primera línea férrea, construída por el español Casado del Alisal, en Rosario, desde la orilla del Paraná al interior, y las vías de las grandes empresas facilitaron el embarque de los productos del suelo, desparramándolos por todo el mundo. Esta seguridad de venta fué el estímulo para que los colonos aumenta-

sen su trabajo y se esparciese la corriente inmigratoria por la provincia en busca de nuevas tierras. Se multiplicó la producción, creció el número de habitantes con una rapidez vertiginosa, empezó á circular el dinero como lluvia fecundante, y el antiguo país de la selva inhospitalaria, de los pantanos malsanos, de las cosechas fracasadas, del aislamiento mortal en que se debatían los antiguos colonizadores, mereció el título de «primer granero de la América del Sur».

\* \* \*

La ciudad de Santa Fé la fundó, como ya es sabido, Don Juan de Garay, en 1573, en la ribera derecha del río Quiloasa, cerca del Paraná, con algunos españoles é hijos de éstos nacidos en el Paraguay. Varias tribus de indios mepenes, colastinés y timbués, fueron agregados por Garay á la nueva población.

Fué la primitiva Santa Fé la más antigua de las ciudades establecidas á orillas del Paraná, con un carácter permanente, y también de toda la República. Córdoba le disputa este último honor, pues, por rara coincidencia, la fundó en el mismo día el español Cabrera.

En 1660 Santa Fé tuvo que trasladarse más al Sur, en la embocadura del río Salado, ocupando su emplazamiento actual. La antigua ciudad, compuesta de unos centenares de familias, tiene hoy 89.000 habitantes y una red de vías férreas que se dirigen á Colastiné (el puerto de la ciudad), Reconquista (capital del Chaco), San Francisco (frontera de Córdoba), Soledad, San Cristóbal, Gálvez, Irigoyen y Rosario.

Santa Fé, aun después de trasladarse de sitio, ocupa un deplorable emplazamiento, y esto explica mejor que ninguna otra causa su estacionamiento como ciudad, y el hecho de que Rosario, que depende políticamente de ella, la haya superado en movimiento comercial. Los españoles, que únicamente podían prever las necesidades más inmediatas, siendo la más importante de ellas ocupar una buena posición defensiva, delinearon Santa Fé sobre un terreno de reciente formación aluvional, en una península en la que se encerraron para resistir mejor los ataques de los indios.

Cuenta la tradición que al delinear Garay la ciudad se encontró enterrado en el sitio que destinaba á plaza



SANTA FÉ. LA UNIVERSIDAD

pública un grueso tronco de ceibo. Uno de los indios que acompañaba como guía al conquistador dijo sentenciosamente al ver hundido en la tierra este madero, procedente de lejanas selvas:

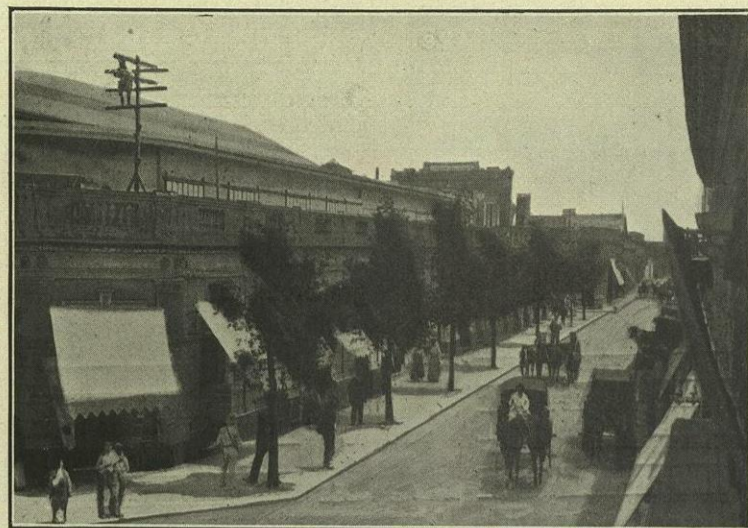
— El mismo que lo trajo se lo volverá a llevar.

Quería decir con esto que el agua invadiría otra vez un terreno formado con aluviones del

Paraná y expuesto a la invasión de las grandes crecidas.

Efectivamente, la ciudad de Santa Fé tiene que defenderse del río, que en diferentes épocas ha intentado devorarla, y lucha con la blandura del subsuelo que sustenta sus edificios. El aumento de los aluviones la aleja cada vez más de las orillas del verdadero Paraná, imposibilitando la existencia de un buen puerto. En las épocas de creciente las aguas se filtran en el subsuelo y lo taladran, creando oquedades en las riberas. Cuando se retiran y bajan de nivel, los bordes de las barrancas se desploman, arrastrando muchas veces los edificios inmediatos. Se han hecho grandes y costosas obras de defensa, pero aun después de ellas sigue el río actuando como el peor enemigo de Santa Fé, pues la aleja con sus bancos y lagunas de la gran navegación del Paraná, y a la vez roe sus cimientos. En el siglo XIX enormes crecidas han puesto su existencia en peligro varias veces.

Esta ciudad es, tal vez, entre todas las de Argentina, la que mantiene mejor su carácter tradicional, su fisonomía propia y una edificación que evoca recuerdos de otros siglos. Se encuentra en ella a la América imaginada por los europeos, después de leer las epopeyas históricas de la conquista. No contiene grandes obras de arte, como las ciudades antiguas del viejo mundo; pero conserva un ambiente que pudiéramos llamar histórico, un aire señorial de matrona venida á menos, que en su decadencia ofrece algo extraordinario, de difícil imitación para las gentes improvisadas. Santa Fé se compone de dos ciudades: la de los tiempos de la colonia y la moderna. La una, como dice el ilustre escritor Don Estanislao Zeballos, es «la ciudad de los descendientes de los tenientes gobernadores, alcaldes y regidores, y la otra la de los tenderos, carboneros, revendedores, mercachi-



SANTA FÉ. MERCADO DE LA CALLE DE SAN JERÓNIMO

flés, marineros y calafates, que festonean el puerto». En la una están los antiguos templos, los conventos medio derruidos, los edificios oficiales, las casas de la antigua aristocracia colonial, con sus familias que hablan «una lengua que tira al castellano de la conquista» y que son religiosas, tal vez con mayor fervor que los compañeros de Garay. En

la otra se encuentran las calles modernas, con cafés, hoteles y grandes tiendas, propiedad de italianos ó de españoles de reciente inmigración; barrios flamantes y limpios, habitados por gente cosmopolita, liberal y sin grandes preocupaciones religiosas.

Por un lado de la ciudad se encuentran bulevares acabados de abrir, jardines risueños, edificios con estucos todavía frescos; por el otro calles solitarias, en las que crece la hierba; muros de adobes roídos por las lluvias, sobre cuyo filo asoma el naranjo su esfera de barnizadas hojas; sombríos monasterios, que rasgan la calma nacarada de la tarde con el lamento de un bronce invisible. En las grietas de los edificios crecen plantas parasitarias. A través de las brechas de los tapiques se ven las palas verdes y espinosas de las chumberas y la boca entreabierta y carmesí de sus higos silvestres. Las diamelas y los jazmines disfrazan con una túnica virginal la vetusta fealdad de los muros ruinosos. El naranjo esparce en el ambiente, irisado por el sol, su respiración de azahar, y el limonero el perfume ambarino de su goma. Estas bellezas del atardecer van precedidas la

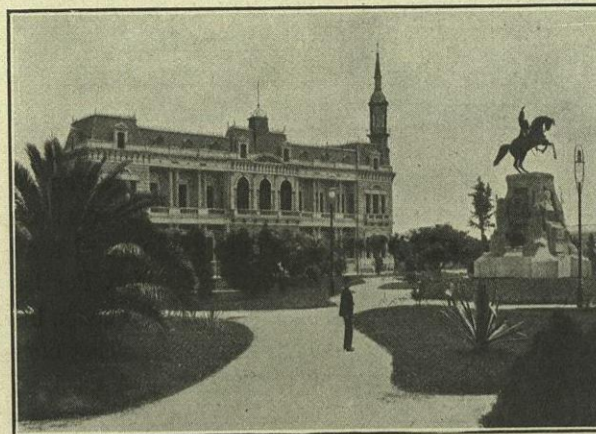
mayor parte del año de los ardores de un medio día cálido. Santa Fé se aproxima a la zona subtropical, y las horas inmediatas al medio día resultan poco favorables a la actividad y el movimiento. Quedan desiertas las calles; el sol reverbera en los muros blancos con una luz que punza la retina; hasta la sombra de aleros y tapias asfixia con su azul densidad. Un silencio anonadador gravita sobre el caserío. El vecindario, encerrado en sus al-

cobas, duerme la siesta, que no representa en estos países cálidos un hábito de pereza, sino una necesidad impuesta por la conservación de la salud.

Ya hemos dicho que los edificios antiguos que conserva Santa Fé carecen de obras de arte. Los coloniza-



SANTA FÉ. CALLE SAN MARTÍN



SANTA FÉ. PLAZA SAN MARTÍN

dores españoles de este lado de América eran pobres y no pudieron traer de su patria cuadros famosos, ricas custodias y otros objetos de valor, como los que explotaban las minas espléndidas de Méjico y el Perú. Pero

debe reconocerse que, á pesar de la pobreza de sus medios y de su falta de artistas, lograron realizar algunas obras que revelan voluntad enérgica y perseverante, al mismo tiempo que ingenio nativo. Supieron trabajar las ricas maderas de los bosques de Tucumán y el Chaco, el palo-rosa y la caoba, el cedro y el jacarandá, torneando y tallando muebles ostentosos y pesados para adorno de las viviendas coloniales ó cons-

truyendo artesanados, como el que existe en el convento de San Francisco. Este convento, el más famoso de la antigua ciudad, fué construido en 1680 sobre una punta que entra en el río, y que ha ido achicándose poco á poco, tragada por las aguas. El Paraná roe sin cesar la barranca, llevándose en pedazos el edificio y su huerta. Los frailes actuales están refugiados en unas celdas alrededor del templo, que no es más que una cuarta parte del antiguo monasterio. El techo de esta iglesia, labrado con maderas de los bosques del país, y el adorno de sus capillas laterales, le dan cierta semejanza con la que existe en la antigua Universidad de Alcalá de Henares, fundada por Cisneros. Exteriormente es un edificio sombrío, con gruesos muros y techumbre de teja á dos aguas. Se halla en su altar mayor el sepulcro del caudillo Don Estanislao López, el colaborador de Rosas, con una lápida de pomposa inscripción, terminada en unos versos y encabezada con el grito que era en aquella época á modo de un lema patriótico: ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios!

Relata Zeballos un suceso ocurrido en este templo, en 1825, que demuestra lo que era la vida de las capitales argentinas hace poco más de tres cuartos de siglo. Creció el río considerablemente y las aguas inva-

dieron una parte de la ciudad, sufriendo el convento de San Francisco grandes estragos por su posición avanzadísima. Una mañana de Abril estaba en la sacristía del convento el padre Magallanes revistiéndose para decir la misa, en compañía de un lego y un pintor, cuando los tres quedaron aterrados al ver que se entrecabría la puerta, asomando por ella una cabezota de pelaje amarillento, bigotuda, con enormes colmillos y unos ojos de esmeralda y oro que brillaban lúgubrementes. Avanzó más la cabeza, y vieron entrar un tigre flaco y enorme, que parecía enloquecido por el hambre. Se arrojó encima de ellos bramando, y de un zarpazo destrozó el cráneo al fraile, que luchaba valerosamente abrazado á la fiera. Quebró el espinazo al lego y mató á un andaluz, que había acudido precipitadamente al oír los gritos. Después de realizar tres muertes en la sacristía, el tigre arrancó el cráneo al lego, le comió los ojos y arrastró el cuerpo por el interior de la iglesia, instalándose al pie de un altar, donde se puso á devorarlo tranquilamente.

Alarmóse la población, y el alcalde é historiador de

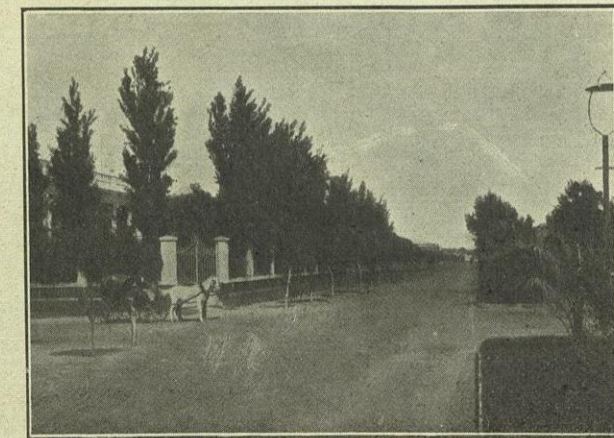
Santa Fé, Don Urbano de Iriondo, acudió al frente de muchos cazadores y soldados de infantería y caballería, que libraron batalla contra el tigre. Todavía consiguió herir á otro hombre y puso en peligro la vida del alcalde Iriondo, hasta que al fin lograron matar entre todos á esta bestia de inaudita bravura.

Según los relatos de aquel tiempo, el vecindario, aterrado por el suceso y la cre-

cida del río, sacó en procesión varias imágenes, paseándolas ante el desbordado Paraná.

\* \*

La parte moderna de Santa Fé parece dominar á la antigua. En ella se han instalado todos los progresos de una gran capital. Hay barriadas enteras de edificios recientes y hermosos; las calles céntricas están pavi-



SANTA FÉ. BOULEVARD GÁLVEZ